

Reloj

## Pasaporte al abuso

Por DANIEL SAMPER PIZANO



Para los anti-semitas, todo judío que nace lleva encima la culpa de haber dado muerte a Cristo (aunque el pobre judío no sepa aún quién era Cristo, y aunque a Cristo le hubieran dado muerte los romanos). Ese pecado se transmite de generación en generación, se extiende a lo ancho y se prolonga a lo largo hasta convertirse en oscura fuente de discriminación y persecuciones.

Desde hace un tiempo los colombianos somos víctimas de una forma similar de segregación nacional que nos acosa donde quiera que se conoce nuestro origen y que se ensaña, particularmente, en los aeropuertos internacionales. Si los judíos llevan a costas la culpa de un grupo de personas que hace dos mil años crucificaron a Cristo, los colombianos paseamos por el mundo pagando penitencias ajenas por culpa de los narcotraficantes contemporáneos. El pasaporte verde es la nueva estrella de David. Hay un tratamiento especial reservado a los que nos identificamos con él en las oficinas de inmigración del mundo entero. Se desata entonces una instancia de revisión minuciosa en las aduanas, nacida de la presunción de culpabilidad que acompaña a todo colombiano en el exterior. En nuestro equipaje, todo talco es cocaína hasta que se demuestre lo contrario y toda maleta es de doble fondo. El colombiano debe probar su inocencia en cada mostrador de aeropuerto, porque en principio está acusado de traficar con narcóticos.

Ultimamente esta persecución se ha vuelto extrema en los Estados Unidos. Se trata ahora de una discriminación persistente y viciosa. Todo pasajero de Avianca —incluso si no es colombiano— es sometido a rigurosas inspecciones. Algunos salen bien librados, pues la requisita se limita a examinar en detalle el contenido de las maletas. Otros corren con menos suerte, pues las autoridades resuelven destrozarse las valijas en busca de algún bolsillo secreto para alcaloides. Los más desafortunados tienen que pasar por un proceso de control que incluye, además de la destrucción sistemática de las maletas, secuencias gineco-proctológicas y fuertes escenas de desnudo.

No se trata solamente de una campaña de captura de narcóticos. Es más que eso. Lo que se busca es hostigar a los viajeros de Avianca con prolongadas esperas y atrevidas requisitas. Se pretende de esta manera aplicar presiones sobre la aerolínea bandera colombiana y, por intermedio suyo, sobre el gobierno nacional, que es socio de Avianca, para que Colombia se acomode a extraditar a algunos mafiosos solicitados por la justicia norteamericana. La prueba es que los pasajeros de otras compañías, si bien encuentran hoy más tropiezos que antes, no son sometidos a los mismos rigores que los de Avianca. Y, por si faltaren indicios sobre los verdaderos propósitos de la operación, es bueno oír las quejas de los tripulantes. Varios de ellos relatan cómo se les somete a prolongados esculques y, en más de una ocasión, a procedimientos de requisita de índole casi militar (pies separados, manos contra la pared, etc.) y casi obstétrica.

El excelente personal de Avianca

en Nueva York, donde me tocó padecer las largas colas aduaneras de ciudadanos signados por el pasaporte siniestro, se esmera en explicar la situación a los pasajeros, en solicitar su paciencia y su colaboración. Pero resulta difícil conseguir paciencia y colaboración ante discriminación tan evidente. No se trata de que no haya revisión de equipajes. Bien conocemos el problema de droga colombiana que afrontan los Estados Unidos. Las autoridades de ese país tienen todo el derecho y hasta el deber de hacerlo. Pero que existan consideraciones mínimas. Que no se demore durante dos y tres horas a los pasajeros que ya llevan mucho rato volando; que no se les someta a vejámenes; que existan miramientos elementales con la tripulación... Si el país más avanzado de la tierra no es capaz de poner un turno adicional de aduaneros para hacer menos dura y lenta una requisita de por sí incómoda, entonces que no le pidan al de Colombia que acabe con las sofisticadas mafias de la droga.

Lo que pasa, como se dijo atrás, es que el objetivo consiste en molestar y ofender a los pasajeros, para provocar de esta manera una reacción del gobierno de Colombia. Este, en retaliación, está ahora sometiendo a las tripulaciones de Eastern a requisitas, demoras y tratamientos parecidos. Ellas, por supuesto, tampoco tienen la culpa. Y lo peor es que el colombiano que paga pecados ajenos en el purgatorio de la aduana norteamericana, se va a caminar luego por el Central Park y observa cómo, en las narices de la policía, venden cachos de marihuana a dólar. ¿Entonces...?

Desde el sur han venido

Según Chico Buarque —el Serrat brasileño—, "Si el samba es bueno, resulta tres veces mejor con el Zimbo Trío". Quienes hemos asistido al Teatro Colón a las presentaciones de este conjunto brasileño que hoy cierra su brevísima temporada en la sala, compartimos de todo corazón esta sentencia. El Zimbo Trío, que cumple sus primeros veinte años, ha recorrido América, África y Europa llevando su formidable recado musical, síntesis del alma del jazz y del alma del samba. Mañana estará en el Teatro Amira de la Rosa, en Barranquilla, y volverá a Bogotá el 7 para presentarse de nuevo, aunque esta vez, lamentablemente, no en un teatro sino en un club nocturno. Con el Zimbo Trío viene Leila Pinheiro, una extraordinaria voz de 23 años que ya ha recibido en Bogotá igual número de propuestas matrimoniales, incluyendo la mía.

También del Brasil tendremos a partir del sábado una exposición de cinco artistas que han prestado sus obras por 30 días a la Casa Edgar Negret, en la calle 81 No. 8-70.

De más abajito nos llega a partir una obra de teatro que, por

razones que entenderán quienes tengan la dicha, merece figurar en la antología de menciones colombianas. Montada por David Stivel, el gran director argentino (podríamos decir colombo-argentino, pues aquí ha echado filiales raíces y milita en las filas ardorosas del Santa Fe), "Papi", de Carlos Gorostiza, ha hecho reír copiosamente a los argentinos durante los últimos meses. Y hay que ver lo difícil que era hacer reír a un argentino hasta hace poco. Durante dos semanas "Papi" estará en el Teatro Nacional, primera pieza que nos llega desde que se levantó el telón político en Buenos Aires.

Bienvenida la música, bienvenida la pintura y bienvenidas las risas que llegan desde el sur.